

## La adulación entre modelos clásicos y desengaño

Giovanna Calabrò  
Università «Sour Orsola Benincasa» di Napoli

El 26 de abril de 1623, en las aguas del Mediterráneo a la altura de Cadaqués, localidad de la costa de Cataluña, Ruy Gómez de Silva, Duque de Pastrana que había zarpado poco antes con destino a Roma, dió caza, capturó y hundió dos barcos corsarios aparecidos de repente en la línea del horizonte. Este suceso, Quevedo lo escogió como tema de una silva encomiástica<sup>1</sup>, luciendo un talento descriptivo que no dudaría en tildar de cinematográfico *ante litteram*. Con el viento en popa y las velas hinchadas, el bajel se desliza sobre «la mar süave» cuando el centinela avista el temido perfil de dos «vejeles delincüentes / e cosarios valientes», salteadores tradicionales de las costas cristianas. «De ardor glorioso y de esperanzas lleno», el comandante, el encomiable duque, se prepara al combate, para dar lustre al «estandarte del mayor Monarca / a quien sirve Fortuna religiosa / en cuanto el cerco de la luz abarca». Se arroja, pues, el duque a la pugna «con voz cuanto valiente generosa» dando órdenes a todos, enardeciendo las almas y armándolas de su mismo valor, así que «cuanto más alguno os imitaba, / tanto más al peligro se llegaba». Un tumulto de cuerpos y de imágenes que culmina en una hipérbole exclamativa: «Y vuestra valentía / fue general ejército aquel día; / escuadrón la familia y los criados. / Lisonjeros los Hados; la Muerte aduladora / se mostró en los peligros cada hora». Los enemigos, un tiempo «presumidos» y ahora «en lazos», gracias al «brío» y a la «providencia», rendidos se arrodillan para besar «las plantas» del duque victorioso. Ellos, los vencedores, ya vuelan «en alas de la fama», en tanto que el turbante corsario, «globo sutil, soberbia de Levante / nevó de presunción vuestra crujía». Acuden a celebrar la victoria héroes y dioses: «Galán os mira Febo; / armado os juzga Achilis.»

Poema de circunstancia, evidentemente, casi de vocación gacetillera, diría, poema que informa y que celebra. No es suficiente que el duque

<sup>1</sup> Quevedo, «Celebra la victoria de los navíos de turcos, que tomó el duque de Pastrana pasando a Roma» en *Obra poética*, ed. Blecua, 1969, núm. 236.

dé cuenta del hecho redactando y enviando a las autoridades una relación, tal como hizo; los versos lo amplifican, lo ensalzan en el ambiente mundano de la corte, son instrumento para que ambos, el héroe y el poeta, sean reconocidos y apreciados. Tenemos por cierto que el evento no fue sino una escaramuza, como nos recuerda Martinengo<sup>2</sup>, un episodio más entre los muchos que poblaban la historia de la navegación en el Mediterráneo, pero la palabra poética rápida interviene para alabar airosoamente, en obsequio a los preceptos y a las convenciones de discurso al uso en la sociedad palaciega. Intérprete y ejecutor brillante del código encomiástico, Quevedo conoce y usa sabiamente sus recursos: el tono, el ritmo, el gusto por el claroscuro —entre el inicial sosiego de la navegación y el tumulto imprevisto de la lucha—, el ornato metafórico, para expresar la dialéctica entre ‘presunción’ y ‘humillación’, las alusiones mitológicas, situadas sabiamente al principio y al final del poema, que encierran, como en un marco ennoblecedor, el retrato del héroe celebrado por su valentía. Así pues, los hados lisonjeros, la muerte aduladora.

¿Y el poeta? Maestro de la palabra y a la vez moralista, eco y espejo de los poderosos, el poeta es una pieza importante en el mecanismo de comunicación de la sociedad cortesana y palaciega; en un sistema político y social en donde sus recursos materiales aún dependen en buena medida del favor de los círculos selectos del poder, sufre la ambigüedad de una condición en equilibrio inestable entre el obsequio a la verdad y el obsequio al poder. Y bien lo sabía Quevedo. Adherirse a un código encomiástico, con su sistema de tópicos y preceptos, es una manera de obligarse y protegerse, a la vez: el código impone la alabanza, pero en cuanto discurso convencional y fosilizado priva al escritor de la necesidad de ser sincero, estimulando quizás, formas oblicuas de expresar la verdad. En este contexto de tópicos del encomio, por ejemplo, el raro sintagma «la muerte aduladora» se puede entender en el sentido de que la muerte lisonjea, y casi parece bella al final, porque promete la fama gloriosa. Pero, más sutilmente, este sintagma insinúa una visión lúcida y desgarrada de la muerte, considerada tan sólo como aniquiladora de la vida, enemiga del hombre, «aduladora», pues, porque callando su real intención, atrae al hombre halagándolo con la supervivencia de la fama, con la perspectiva de su propio mito.

Fuera de este código, en cambio, en cuanto moralista, Quevedo se esforzará en criticar, satirizar, meditar sobre las causas profundas de los humanos comportamientos. Su lengua será entonces la de la sátira mordaz, la de la invectiva para manifestar el áspero desacuerdo entre el principio de la moral abstracta y el mundo, para expresar su visión ‘desengañada’. Ocurre, así, que sobre la valentía, ennoblecida en el poema recién citado, en otra situación textual, Quevedo exprese una opinión muy diferente. «¿La valentía?, —le oímos decir sarcástico, por boca de un demonio *alter ego*, en uno de los *Sueños*— ¿Hay cosa más digna de burla? Pues no habiendo en el mundo ninguna, si no es la caridad con que se

<sup>2</sup> Martinengo, 1997, p. 253.

vence la fiereza, y la de sí mismos y la de los mártires, todo el mundo es de valientes, siendo verdad que todo cuanto hacen los hombres, y cuanto han hecho tantos capitanes valerosos, como ha habido en la guerra, no lo han hecho por valentía sino de miedo»<sup>3</sup>.

Actitudes, códigos, registros muy distintos; conviene interrogarse por si hubiera entre ellos no sólo una relación opositiva sino, de alguna manera, complementaria. ¿La sátira agresiva tiene que ver con la desilusión?

La fama de que goza la adulación en tiempos de Quevedo es unánimemente mala; ocupa un lugar destacado en el inventario de defectos, vicios y pasiones de los cuales el hombre tiene que cuidarse; una alabanza excesiva siempre corre el riesgo de pasar por adulación o de causar un daño irreparable: es del hombre discreto y prudente aprender a distinguir. Desde luego, en dicho siglo, la literatura no deja de remarcar que el mundo es teatro de la humana agresividad, de conflictos, injusticia, de cósmica inarmonía. Bien lo sabe Quevedo y lo afirma de forma tajante, repetidas veces. Escribe en una de sus cartas:

Nadie jamás fue tan obedecida del mundo como la discordia: perpetuamente reina en los elementos, sin que pueda tener tregua su guerra; no consiente un instante de paz a nuestros humores; si crees a los astrólogos, todo el cielo es una discordia resplandeciente: no hay estrella que no se oponga a otra y todas militan con aspectos contrarios; con ella vivimos, della somos compuestos, a ella estamos sujetos por naturaleza. Mucho tiene de providencia esta disensión, que compone, sustenta, vivifica<sup>4</sup>.

Y con igual frecuencia y afán el siglo se interroga sobre la forma y el sentido de la civilización, escribiendo sin descanso artes y tratados, proyectos y modelos de razonable convivencia, para colmar el camino que va de la bestia al hombre civilizado, de la barbarie a la civilización. Cuanto más aguda es la percepción del mal, tanto más florecen teorías y prácticas para el caminante. En la *Culta repartición de la vida de un discreto*, Gracián, por ejemplo, sintetiza el trayecto y el proyecto de la 'discreción' en la fórmula: hablar con los muertos, con los vivos y consigo mismo<sup>5</sup>; o sea cultura, experiencia y meditación que son los pilares correspondientes con las etapas —juventud, madurez y vejez— de la vida. El maestro de discreción —en Francia se diría de la «honnêteté»<sup>6</sup>— funda

<sup>3</sup> Quevedo, *Sueño del infierno*, ed. Arellano, pp. 200-201: «Pues el que pelea en su tierra por defenderla, pelea de miedo de mayor mal, que es ser cautivo y verse muerto, y el que sale a conquistar los que están en sus casas, a veces lo hace de miedo de que el otro no le acometa, y los que no llevan este intento, van vencidos de la codicia (ved qué valientes) a robar oro, o a inquietar los pueblos apartados, a quien Dios puso como defensa a vuestra ambición mares en medio y montañas ásperas. Así los hombres que todos lo entendéis al revés: bobo llamáis al que no es sedicioso, alborotador; maldiciente; sabio al mal acondicionado, perturbador y escandaloso; valiente, al que perturba el sosiego; y cobarde al que con bien compuestas costumbres, escondido a las ocasiones, no da lugar a que le pierdan el respeto estos tales, en quien ningún vicio tiene licencia». En su comentario Arellano observa que las mismas ideas morales podrían documentarse en muchos otros textos de la época.

<sup>4</sup> Quevedo, *Epistolario completo*, ed. Astrana Marín, 1946, p. 423.

su programa de alta pedagogía en el postulado según el cual las relaciones establecidas entre los humanos se fundan en un acto racional de enjuiciamiento capaz de juzgar el mérito y, evidentemente, de reconocer las virtudes que constituyen el mérito. Se trata de un postulado fundado en la simetría de los sujetos, en la reciprocidad de los roles. Enjuiciar el mérito, más bien alabar, acarrea al hombre el placer de reconocer en la palabra ajena su propia imagen ideal, el mito de sí mismo. Pero al hacerlo, algo empieza a mudar imperceptiblemente porque en la naturaleza racional de la relación se insinúa un matiz, bien afectivo, bien estético: el gusto, el orgullo, el deseo de formar parte de un mismo círculo, de hablar una misma lengua, la de una minoría eminente, virtuosa, distinta, en fin, a la vulgaridad de los demás. Enjuiciar, alabar, escoger: al introducir el principio de la discrecionalidad, fundamento de la cooptación, se abre inevitablemente una fisura en el universo armonioso de la racionalidad, del juicio fundado en el mérito objetivo y de las relaciones perfectamente recíprocas entre sujetos. Y cuando a estos factores se añade la diferencia de clase o de sexo, definitivamente vacila la ilusión de la igualdad. El arte de la lisonja marca un paso inevitable: el favor no se da a cambio del mérito, sino más bien de la palabra, del arte del bien decir; desaparece la ley de la razón y se afianza la del placer a la que viene a añadirse o a sustituirse la ley del interés. Ya no hay estima a cambio de estima, alabanza a cambio de alabanza, sino palabras a cambio de favores. Según muestra J. Starobinski en un ensayo agudo sobre el tema, el concepto de adulación «si situa al punto in cui, nel discorso classico, s'incontrano la psicologia dell'amor proprio e la critica delle strade attraverso le quali si distribuiscono il potere e le ricchezze»; por lo visto, es una noción «a duplice funzione che permette di trattare psicologicamente taluni aspetti della vita sociale, ma anche di affrontare sotto l'angolazione sociale taluni aspetti della vita psicologica»<sup>7</sup>. De aquí mismo procede la ambigüedad característica del discurso crítico que el moralista moderno, a partir de los modelos clásicos, elabora sobre el tema. Y a este propósito Quevedo me parece ejemplar.

En el proyecto de formación del hombre discreto la erudición, según hemos dicho, juega un papel importante; lo que quiere decir que los modernos se vuelven hacia la antigüedad, piden a ese enorme depósito de saberes y conocimientos, representados por los clásicos —objeto de *imitatio* y *aemulatio* al mismo tiempo—, la brújula para orientarse. En

<sup>5</sup> Gracián, *El discreto*, 2001, pp. 456-80: «Mas, ahorrando de erudita prolijidad, célebre gusto fue el de aquel varón galante que repartió la comedia en tres jornadas, y el viaje de su vida en tres estaciones: la primera empleó en hablar con los muertos, la segunda con los vivos, la tercera consigo mismo. Descifremos el enigma. Digo que el primer tercio de su vida destinó a los libros, leyó, que fue más fruición que ocupación [...] Empleó el segundo en peregrinar, que fue gusto peregrino, segunda felicidad para un hombre de curiosidad y buena nota. [...] La tercera jornada de tan bello vivir, la mayor y la mejor empleó en meditar lo mucho que había leído, y lo más que había visto».

<sup>6</sup> Sobre la adulación con respecto a la teoría de la «honnêteté», ver Starobinski, 1990.

<sup>7</sup> Starobinski, 1990, p. 59.

nuestro caso, una larga tradición tratadística ya había explorado y fijado la configuración semántica de la adulación y los modernos —Quevedo entre ellos— siguen estas huellas.

Primero Aristóteles, en la *Ética a Nicómaco*, había sentenciado pulcramente que el exceso de descendencia sin intención interesada se llama deseo de agradar y con la esperanza de un beneficio, adulación. Su discípulo Teofrasto había escenificado —podríamos decir— la definición del filósofo; en sus *Caracteres*, galería de tipos humanos, actitudes, defectos, vicios, brotados al florecer de una economía urbana, el autor se ocupa en delinear los modales del adulator, juzgados de antemano «indecorosos aunque provechosos para quien adula»<sup>8</sup> y en seguida se dedica a pintar un retrato del personaje con muchos detalles. El adulator —nos dice— es uno que os acoje siempre con la sonrisa, que sabe distribuir atinadamente cumplidos y atenciones a vuestra persona y a todo lo que os circunda y pertenece —casa, cocina, hijos; uno que hace que os enteréis de la fama de la que gozáis en el círculo de amigos. A través de la palabra ajena el adulado llega así a tomar posesión de sí mismo, casi de una ‘esencia’ propia; por efecto de la alabanza ya no le importará tanto saber quién es, conocer su verdad, sino creer en la imagen ilusoria que el otro le depara: a encarecer su Narciso basta el hechizo de la palabra lisonjera, la gratificación de un *flatus vocis*, pero no por eso menos probador ni de menor autoridad. Palabras, pero capaces de acreditar la ilusión de una imagen más verdadera que la real. ¿Cómo distinguir entonces al adulator del amigo?, se preguntará más tarde Plutarco observando que la premisa implícita de la adulación, lo que le abre el camino es la filautía, o sea el amor propio, noción equivalente a lo que en el lenguaje mítico-científico del psicoanálisis se define narcisismo<sup>9</sup>. En la misma línea de Plutarco, Cicerón en el *De amicitia* afirma que sin el encuentro de ambas aptitudes, la del querer decir de uno y la del querer escuchar del otro, no se daría paso a la adulación: «*Quamquam ista adsentatio, quamvis pernicioosa sit, nocere tamen nemini potest nisi ei qui eam recipit atque ea delectatur. Ita fit ut is adsentatoribus patefaciat aures suas maxime, qui ipse sibi adsentetur et se maxime ipse delectet*»<sup>10</sup>. El eco de estas afirmaciones resuena con fuerza, en época moderna, en dos aforismos de La Rochefoucauld; el primero: «No gozaríamos del placer si no nos lisonjeáramos» y el segundo: «Si no nos aduláramos nunca, la adulación ajena no podría dañarnos». En la ciudad antigua, la pareja que ejempli-

<sup>8</sup> Teofrasto, *I caratteri*, ed. De Falco, 1988, p. 3.

<sup>9</sup> «Plutarco, rifacendosi all'insegnamento di Platone Leggi (731 d-e), individua nell'amore di sé il più grande male che affligge l'animo umano, se è vero che esso toglie all'uomo la capacità di giudicarsi correttamente: «chi ama è infatti cieco nei confronti di ciò che ama» (Plutarco, *De ad. et am.*, 48 f). E' questo difetto, continua Plutarco, che apre all'adulatore un grande spazio all'interno dell'amicizia. La philautia fa di ciascuno il primo e più grande kolax di se stesso e lo espone indifeso alla kolakeia degli altri: l'adulatore infatti non sarà che il testimone e il garante di quelle qualità che egli, a torto, è già convinto di possedere». Labate, 1984, p. 186.

<sup>10</sup> Marcus Tullius Cicero, ed. Müller, xxvi, 97, p. 17.

fica la adulación es la del rico y el parásito: a cambio de la alabanza, el banquete. Luego será el turno del príncipe o del tirano sobre el telón de fondo de la decadencia del imperio. A la hipérbole laudatoria corresponde ahora la donación de enorme poder y riqueza. Por su parte el adulado cuanto más sube tanto más bajo cae; el príncipe divinizado se embrutecerá en el intento de satisfacer la pasión o el capricho; nadie menos libre que él, según opina Tácito, nadie más cerca de la bestia que del ser humano. Hasta aquí los antiguos.

Volvamos pues a los modernos y a Quevedo, a su discurso crítico sobre la adulación que él elabora retomando el hilo de la tradición clásica, de la crítica cristiana en contra del mundano deseo de bienes terrenales y de su personal vivencia. Un discurso evidentemente actual en su entorno, como ocurre desde luego en todas las sociedades de antiguo régimen, fundadas en el rango y en el patrimonio. En su mundo imaginativo Quevedo explora el abanico semántico de la adulación: defecto, vicio, pecado. Alterna el término «adulación» con «lisonja», el primero procedente del latino «*adulari*», el segundo del léxico amoroso de los trovadores «lauzenja». A veces, se limita tan sólo a nombrar el vicio, otras veces, al estilo de Teofrasto, se entretiene en esbozar microsecuencias narrativas y perfiles de personajes dotados de verosimilitud y actualidad. Conoce y retrata una adulación «blanca» y una «negra», trasunto de una agresividad más o menos violenta, de una negatividad más o menos odiosa.

Para empezar tomaré el hilo de la adulación «blanca», o sea de ciertos aspectos en la fenomenología amorosa en los cuales Quevedo descubre su potencial afinidad con la lisonja<sup>11</sup>. Según vieron ya los antiguos, la admiración encendida hacia la amada no está muy lejos del cumplido adulatorio, ya que tampoco es desinteresada la alabanza<sup>12</sup>. Pero Quevedo no se limita a esto; su aguda sensibilidad descubre las virtualidades semánticas de una interferencia léxica, de una afinidad más sutil. Al titular un soneto en el que cuenta cómo soñó que hacía el amor con Floralba: «El amante agradecido a las lisonjas mentirosas de un sueño»<sup>13</sup> el poeta parece insinuar que las delicias del sueño erótico se parecen a las que nos regala la adulación; ambas proceden de una misma raíz: una ilusión, un pacto fantasmal, que por ser falso no es menos agradecido. Al igual que las palabras del adulator, las «lisonjas mentirosas» del sueño erótico tienen la fuerza de acreditar la verdad de una imagen deseada e irreal creando en el yo del poeta la ilusión de gozar a la amada:

¡Ay, Floralba! Soñé que te... ¿Dirélo?  
Sí, pues que sueño fue: que te gozaba

<sup>11</sup> También en el tema de la inconstancia se puede documentar en toda la cultura barroca europea la presencia de una connotación «blanca» y de una «negra». Rousset, 1980, pp. 95-100.

<sup>12</sup> Labate, 1984, cap. IV, «Amore e adulazione», pp. 175-226.

<sup>13</sup> Quevedo, «El amante agradecido a las lisonjas mentirosas» *Obra poética*, núm. 339.

¿Y quién, sino un amante que soñaba,  
 juntara tanto infierno a tanto cielo?  
 Mis llamas con tu nieve y con tu yelo,                   5  
 cual suele opuestas flechas de su aljaba,  
 mezclaba Amor, y honesto las mezclaba,  
 como mi adoración en su desvelo.  
 Y dije: «Quiera Amor, quiera mi suerte,  
 que nunca duerma yo, si estoy despierto,                   10  
 y que si duermo, que jamás despierte».  
 Mas desperté del dulce desconcierto;  
 y vi que estuve vivo con la muerte,  
 y vi que con la vida estaba muerto.

De forma parecida y más explícita se vuelve a insistir en la componente satisfactoria y narcisista de una imagen irreal, en el romance número 440 *Sueño*. En el poema el poeta cultiva, con atrevida imaginación erótica, el sueño de gozar a Floris, cuyo perdón invoca al final en el epílogo del poema<sup>14</sup>, por tratarse justamente de un sueño, algo irreal, pero que es al mismo tiempo «sabroso» ya que el placer nace de un deseo, cuya satisfacción, aunque fantasmal, no es menos viva ni menos capaz de convencerle de la presencia de algo ausente:

Perdona al sueño sabroso  
 lisonjeras demasías,  
 que, aún despierto, en la memoria  
 me están haciendo cosquillas.  
 Soñaba el ciego que veía,  
 y soñaba lo que quería.

Pues, si el sueño lisonjero le depara el gozo de Floralba o de Floris, bienvenida sea la lisonja, su falsedad, su mundo de ilusión; si no se puede conseguir el bien aquí, por lo menos ahí, en el sueño, ahí, se goza. Ahí se da la libertad de poseerlo todo.

Ya es hora de pasar a la adulación «negra», atributo de una concreta práctica social. En otro soneto<sup>15</sup>, el poeta trata de forma satírica la adulación asociándola al tipo del 'pretendiente', el recién instalado en la corte que busca la manera de asentarse sin méritos suficientes, cuyos atributos son los del camaleón, imagen que clásicamente, en la tradición de los bestiarios y de los emblemas, anda emparejada con la figura del adulator<sup>16</sup>.

<sup>14</sup> Quevedo, «Sueño», *Obra poética*, núm. 440, vv. 61-66.

<sup>15</sup> Quevedo, «Dígotte pretendiente y cortesano», núm. 573, estudiado por Schwartz Lerner, 1990, pp. 657-72.

<sup>16</sup> Schwartz, 1990, p. 666: Alciato incluye en su colección de *Emblemas* (Madrid, 1975, p. 314) una versión más especializada del proverbio citado por Erasmo: «*Chamaeleonte mutabilior*» que alternaba con otro paralelo «*Mutabilior Proteo*», en el cual se formula la afinidad entre adulator y camaleón; en el emblema LIII, cuya *inscriptio* es *In adultores*, ofrece un grabado del camaleón, cuya *subscriptio* reza: «Está el Camaleón la boca abierta / Y de aire se mantiene, / Y en todos los colores se transforma / Sino es en blanco y rojo / Así en el popular favor se cría / El adulator triste, / Todas las condiciones imitando / Sino es la pura y casta».

Dígote pretendiente y cortesano,  
llámete Plinio el nombre que quisiere;  
pues quien del viento alimentarte viere,  
el nombre que te doy tendrá por llano.

Fuelle vivo en botarga de gusano,  
glotón de soplos, que tu piel adquiere;  
mamón de la provincia, pues se infiere  
que son tus pechos vara y escribano.

Si del aire vivieras, almorzaras  
respuestas de ministros y señores;  
consultas y decretos resollaras;  
fueran tu bodegón aduladores,  
las tontas vendederas de sus caras,  
sastres, indianos, dueñas y habladores.

Por un lado, el metamorfismo del animal señala el transformismo moral y político de quien quiere conseguir su propio interés sin respeto a la coherencia moral y, por consiguiente, su facilidad a la hipocresía, al disfraz y al engaño (posturas y semblantes que encubren la realidad íntima). Por otro lado, el detalle del aire de que se alimenta<sup>17</sup>, sugiere la idea de un ser y un ambiente totalmente vano, sin consistencia íntima, el ser, la sustancia del adulador que tan sólo consiste en la voz de su palabra laudatoria, y el ser, la sustancia del beneficio logrado: respuestas de ministros, en fin, vanas promesas.

El adulador, pues, es un ser camaleónico, vano, falso, moralmente y políticamente detestable; junto con otros tipos u oficios —escribanos, alguaciles, médicos, mercaderes, sastres— los aduladores suscitan el desprecio del moralista, quien los arroja al infierno. En efecto, viajando por su infierno visionario y grotesco, Quevedo los encuentra mezclados a una manada de bufones, truhanes, juglares, chocarreros: «Y vi entre los bufones muchos hombres honrados que yo había tenido por tales; pregunté la causa y el diablo me respondió que eran aduladores, y por esto bufones de entre cuero y carne»<sup>18</sup>. Y más adelante descubrirá en un «aposento» una masa de cronistas, ejemplo de «aduladores de molde y con licencia»<sup>19</sup>. Así, otro detalle así va a añadirse al retrato: el adulador no sólo es afín al hipócrita, por el hecho de disfrazarse, sino que además

<sup>17</sup> Quevedo en el *Marco Bruto* «emplea el lexema para redescibir una virtud política, la capacidad de ocultar las intenciones, que asegura el éxito de la empresa planeada». En este caso Quevedo la adjudica a los conjurados que habían acudido a dar muerte a César, observando: «Nada se ha de mostrar menos que lo que se desea más. La hipocresía exterior, siendo pecado en lo moral, es grande virtud política. Llámola el viento de que se sustenta el camaleón del poder» (*Obras*, B.A.E. XXIII, p. 148b), Schwartz, 1990, p. 663.

<sup>18</sup> Quevedo, *Sueño del infierno*, ed. Arellano, p. 191.

<sup>19</sup> En un «aposento curioso y lleno de buenas joyas» en el que se castigan «seis o siete mil cornudos y otros tantos alguaciles manidos» también «había pipotes de médicos y muchísimos cronistas (lindas piezas, aduladores de molde y con licencia)». Los cronistas son culpables en cuanto artífices de una palabra escrita que manipula la verdad histórica con el fin de conseguir el favor del príncipe. Quevedo, *Sueño del infierno*, ed. Arellano, p. 267.



comparte el carácter del bufón por ser maestro en el arte de «dar gusto»: el arte verbal de la alabanza, sea oral, sea escrita, capaz de agradar al poderoso con «arpadas lenguas», emulando la armonía del pájaro cantor<sup>20</sup>.

Pero ¿qué género de agrado depara esa palabra? y ¿a qué se debe su capacidad de lograr el favor del adulado? Al hecho de que el discurso adulatorio, según sabemos, representa en efecto el eco, la proyección externa del discurso interior del adulado. Espejo el uno del otro, los discursos coinciden en la creación de una misma realidad fantasmal. De aquí, de esta especularidad nace la atracción recíproca, la complicidad entre adulado y adulador, que constituyen una pareja complementaria, tal como ocurre en casos análogos. Una atracción que a la mirada crítica moralizadora parece anuncio de desventura: «Días aciagos y horas menguadas –comenta Quevedo en el *Libro de todas las cosas*– son todos aquellos y aquellas con que topan el delincuente al alguacil, el deudor al acreedor, el tahur al fullero, el príncipe al adulador, y el mozo rico a la ramera astuta»<sup>21</sup>.

De ahí que, por lo visto, que la repulsa del moralista los embrutezca a ambos, insistiendo no sólo en la malicia del adulador sino también en la fealdad del adulado, representado, según el código de la baja corporeidad, como un ser disgustoso, próximo a la animalidad, falto de espíritu e intelecto, vulgar y, al final, estúpido. El prototipo de esta especie es el «ambicioso y vano» cuyos «oídos glotonos de alabanzas, lisonjas y adulaciones, se embriaguen en un ahito perpetuo desta vivanda contra los ojos», incapaz de utilizar ni siquiera sus sentidos, que «no puede ver [...] no ve lo que mira; [...] no huele en la vanidad de la adulación el humo del engaño»<sup>22</sup>. Y sobre todo es el conocido potentado del cuadro XV de *La hora de todos*, sorprendido en el momento de la siesta, cuando sus tripas están ocupadas rumorosamente en digerir una comida pantagruélica. Aquí el gusto escatológico quevediano y su técnica grotesca del retrato, deformadora, desmenuzadora de la unidad, reducen y rebajan la figura del Potentado al solo detalle de su vientre y del eructo gigante emitido al final, cuando los lisonjeros tratan de convencerle de que el eructo es un estornudo, en obsequio ridículo al galateo de los buenos modales.

De esta manera, oblicuamente, la sátira del adulado acaba siendo una crítica feroz a las circunstancias de su persona: la riqueza y el poder; una crítica que no teme acusar a las esferas más altas, incluso a la figura del monarca<sup>23</sup>. Riqueza y poder, en efecto, son causas del mal en el mundo, según afirma repetidas veces Quevedo; mejor dicho, el mal uso del poder y la mala transmisión de la riqueza, con sus funestas consecuen-

<sup>20</sup> Así define las palabras pronunciadas por el adulador en la conocida viñeta del cuadro XV, «Potentado y lisonjeros», en *La hora de todos*. Ver Lida de Malkiel, 1951, pp. 227-52.

<sup>21</sup> Quevedo, *Libro de todas las cosas*, ed. Jauralde Pou, 1984, p. 115.

<sup>22</sup> Quevedo, *Virtud militante*. En el primer texto de la obrita, dedicado a la envidia, se encuentra este retrato muy similar al de *La Hora de todos*, ed. Bourg, n. 144, p. 192.

cias: el fraude, la codicia, el abandono de los valores tradicionales de la nobleza antigua.

La adulación se afianza, como una mala planta, en donde se administra el poder y circula la riqueza. Su marco natural es la gran urbe, «patria común de todos los estómagos aventureros», se dice en el *Buscón*. En la corte «es la lisonja la llave maestra, que abre a todas voluntades en tales pueblos»<sup>24</sup>, sentencia don Toribio, con tono y afán aleccionador, al empezar el relato de su vida (p. 202). Hasta aquí los aduladores han sido siluetas apenas esbozadas, seres sin cara, sin derecho a otro nombre que no sea el del vicio: aduladores, a secas. Ahora, en cambio, el tipo adquiere cara y bulto de personaje novelesco, aunque incipiente: en cuanto narrador de su propia experiencia, de cómo aprendió la «industria» para sobrevivir en la corte, don Toribio nos proporciona su magnífico retrato de hidalgo arruinado, virtual adulador en cuanto desprovisto de recursos eficaces para sustentarse. Una historia, la suya, de «calamidades mezcladas con risa», ridícula y patética, que logra enternecer al joven Pablos.

¿Se deja enternecer Quevedo? Quizás, sí, pero no renuncia a señalar el mal de la adulación, sus efectos dañinos para ambos, adulado y adulador. El primero, porque neciamente engañado se hace responsable de que el favor sea concedido a quien no lo merece, aniquilando así el buen uso y la buena distribución de la riqueza; el segundo, porque nunca está a salvo de las consecuencias de su fraude. Bien lo muestra Quevedo, en el marco alégorico de *La hora de todos*, cuando imagina que por decreto de Júpiter, en una hora determinada, la Fortuna, el capricho del azar, se aparta del mundo y deja libre curso a la justicia razonable, la que premia el mérito y castiga el mal. Pues bien, en esta hora de la verdad, cuando se descubre el engaño de la adulación, a los criados lisonjeros sólo les queda la huida para salvarse de la ira y los palos del Potentado, que reacciona echándolos de su palacio. La violencia celebra su regreso rompiendo la ilusión de que alabanza, educación y civilización puedan apartarla de este mundo.

Pues bien, ¿cuál pudiera ser el remedio, de qué manera estar a salvo de los males de la adulación en este reino terrenal? Una respuesta podríamos encontrarla en el breve diálogo con el alguacil endemoniado

<sup>23</sup> Quevedo, *La Hora de todos*, ed. Bourg, n. 148, p. 193. Según explican los editores, el detalle de los navíos, capital para la comprensión del cuadro, alude a un episodio relatado ya minuciosamente por Quevedo en su *Mundo caduco*, en el cual el duque de Osuna capturó dos naves mercantes venecianas, cuyo capitán Giovanni Bembo, conocido por su glotonería e incultura, podía haber sido el modelo del potentado de nuestra viñeta. Pero se podría razonablemente ir más allá de esta sátira en primer grado y atenerse a otros episodios navales, el naufragio en 1631 de dos naves que traían plata de México y el desastre de dos galeones de la Nueva España apresados por el almirante holandés Peter Heyne, cuya responsabilidad se achacó a Olivares. Así que compartiendo la opinión de los comentaristas, se puede concluir que «detrás del león repleto y lloroso del cuadro, más que el Dux Bembo —león veneciano— se esconde el propio Felipe IV —león español—, a quien Quevedo aconseja que eche de palacio a Olivares y su camarilla de aduladores».

<sup>24</sup> Quevedo, *El Buscón*, ed. Lázaro Carreter, p. 63.

quien, para satisfacer su curiosidad de saber «si hay en el infierno muchos pobres», primero le pregunta: «¿Qué es pobre?» y luego, al replicar Quevedo: «El hombre que no tiene nada de cuanto tiene el mundo», prosigue argumentando que si la humanidad se pierde por la codicia de los bienes terrenales, los pobres, que nada poseen, están a salvo del pecado y del castigo:

¡Hablara yo para mañana! Si lo que condena a los hombres es lo que tienen del mundo, y esos no tienen nada ¿cómo se condenan? Por acá los libros nos tienen en blanco. Y no os espantéis, porque aun diablos les faltan a los pobres; y a veces más diablos sois unos para otros que nosotros mismos. ¿Hay diablo como un adulator, como un envidioso, como un falso amigo y como una mala compañía? Pues todos estos le faltan al pobre, que no le adulan, ni le envidian, ni tiene amigo malo ni bueno, ni le acompaña nadie. Estos son los que verdaderamente viven bien y mueren mejor. ¿Cuál de vosotros sabe estimar el tiempo y poner precio al día, sabiendo que todo lo que pasó lo tiene la muerte en su poder, y gobierna lo presente y aguarda todo lo porvenir, como todos ellos?<sup>25</sup>.

Apoyándose en la conocida doctrina moral de Séneca, Quevedo nos está comunicando su amarga receta según la cual tan sólo la pobreza, en fin, es el único remedio al mal de la adulación.

Para terminar nuestro somero recorrido, nos queda por decir algo sobre el tratamiento del tema en un texto bastante tardío, *Cómo ha de ser el privado*, una comedia evidentemente muy didascálica, muy política, en cuyos lances están transparentemente retratados hechos históricos contemporáneos y en particular, en el personaje del Marqués alude a la figura del potente Olivares. En manos de un poderoso ministro, la adulación es arma potencial de destrucción, sea que la use, en tanto que adulator, para prevaricar la voluntad del soberano inepto, sea que la sufra, en tanto que adulado, para conceder favores inmerecidos. Quevedo no pasó por alto el tema, evidentemente, más bien lo usó como eje estructural de la fábula dramática. En la comedia, pues, el Monarca virtuoso recién ascendido al trono tiene que escoger a su privado y, siendo tres los que aspiran a ese papel, decide exigirles a ellos mismos que expongan cómo lo desempeñarían. Pues bien, ¿qué contestará nuestro Marqués, para que la balanza se incline de su lado? Interrogado por último el Marqués anuncia su programa ético y político, centrado en una firme denuncia de la codicia, y por consecuencia en la proclamación del desinterés como cumbre de las virtudes políticas necesarias al privado:

Virtudes son el cuidado  
y la verdad del prudente  
pero yo fuera eminente

<sup>25</sup> Quevedo, *Sueño del alguacil endemoniado*, ed. Arellano, pp. 167-68. El paso de la expresión idiomática —«hay diablo como un adulator»— a la invención narrativa es breve y en efecto Quevedo imagina que en el infierno mismo una «cáfila de médicos, abogados, dos tiranos y tres adultores» están conspirando contra el supremo diablo, Lucifer en persona.

en ser desinteresado  
 [...]
   
 Con esta sola virtud  
 todas las demás tuviera,  
 porque vigilante fuera  
 sin mirar a mi salud.  
 Y, no siendo codicioso,  
 también fuera verdadero:  
 honras quiere el lisonjero,  
 el descuidado reposo.  
 Y quien del propio interés  
 se desnuda, a nada atiende  
 de gusto: sólo pretende  
 a la virtud, por quien es<sup>26</sup>.

El poeta cortesano proyecta su voz en la del eminente privado, coincidiendo ambos en una profesión de fe neoestoica, que sitúa en el desinterés la cumbre de sus aspiraciones, que considera el desnudarse de toda pasión, apetito, deseo como único remedio contra el mal del mundo.

Fuera de la ficción, la comedia representa a la vista de todos un acto de obsequio al gran valido, una manera de certificar o auspiciar la realización de un proyecto político y moral fundado en la virtud desinteresada; y el mérito que supone ese acto se refleja en la persona del poeta mismo, desnudando su encomio de toda sospecha o mancha adulatoria. El autor sueña con que vuelva a restablecerse el círculo virtuoso de una relación recíproca y simétrica entre dos seres humanos, en la cual el juicio vuelva a premiar el mérito. Pero la historia de las relaciones entre Quevedo y el gran valido lo desmintió.

Si bajamos de las alturas del poder y del palacio, y nos adentramos en la realidad conflictiva del alma, más sutil y más fina, más íntimamente revivida, se nos presenta la experiencia y el diagnóstico sobre la adulación, cuya raíz ahonda en los fantasmas del yo. *Imagen del Tirano y del adulator* es el título de un intenso soneto<sup>27</sup>, en cuya situación conocida, la del tirano Dionisio y el adulator Damocles, el poeta proyecta el espectáculo de su propio desgarramiento interior, existencial, la inquietud engendradora por un narcisismo asumido con lucidez desengañada:

Desconoces, Damocles, mi castigo,  
 por no culpar tu lengua en mi tormento,  
 y del semblante que, esforzado, miento,  
 con grande ostentación eres amigo.  
 No ves la amarillez que dentro abrigo,  
 ni el corazón que yace macilento,  
 ni atiendes al mortal razonamiento  
 del invisible y pertinaz testigo.

<sup>26</sup> Quevedo, *Cómo ha de ser el privado*, ed. Gentilli, vv. 149-64.

<sup>27</sup> Quevedo, «Imagen del tirano y del adulator», *Poesía moral*, ed. Rey, 1992, n. 93.

Pues sólo me acompaña, algún día,  
 contradígame voz tuya severa;  
 oiga verdades la consciencia mía.

Merezca un desengaño antes que muera:  
 que la contradicción es compañía,  
 y no seremos dos de otra manera.

Parece decirnos: que Narciso al mirarse en el otro, por una vez al menos, aparte la ilusión del fantasma, y deje paso a la clara vista de la contradicción: la dura ley que rige el mundo y al mismo tiempo que es el único remedio contra la soledad.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Alciato, *Emblemas*, Madrid, 1935.
- Cicero, M. T., *Laelius de amicitia*, ed. C. F. W. Müller, Leipzig, Teubner, 1884.
- Gracián, B., *El discreto*, ed. A. Egido, Zaragoza, Gobierno de Aragón / Instituto «Fernando el Católico», 2002.
- Iffland, J., *Quevedo and the grotesque*, London, Tamesis Books, 1978.
- Labate, M., *L'arte di farsi amare. Modelli culturali e progetto didascalico nell'elegia ovidiana*, Pisa, Giardini, 1984.
- Lida de Malkiel, M. R., «Arpadas lenguas», en *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, Madrid, C.S.I.C., 1951, vol. 2, pp. 227-52.
- Martinengo, A., «Ensayo de comentario a una poesía heroica de Quevedo», en *Política y escritura*, ed. L. Schwartz y A. Carreira, Málaga, Universidad de Málaga, 1997, pp. 251-57.
- Quevedo, F. de, *Cómo ha de ser el privado*, ed. L. Gentilli, Lucca-Viareggio, Mauro Baroni, 2004.
- Quevedo, F. de, *Epistolario completo*, ed. L. Astrana Marín, Madrid, Instituto editorial Reus, 1946.
- Quevedo, F. de, *La Hora de todos y la Fortuna con seso*, ed. J. Bourg, P. Dupont, P. Geneste, Madrid, Cátedra, 1987.
- Quevedo, F. de, *La vida del Buscón*, ed. F. Lázaro Carreter, Barcelona, Planeta, 1982.
- Quevedo, F. de, *Obra poética*, ed. J. M. Bleuca, Madrid, Castalia 1969-1981, 4 vols.
- Quevedo F. de, *Obras festivas*, ed. P. Jauralde Pou, Madrid, Castalia, 1987.
- Quevedo, F. de, *Poesía moral (Polimnia)*, ed. A. Rey, Madrid, Tamesis, 1992.
- Quevedo, F. de, *Sueños y Discursos*, ed. J. O. Crosby, Madrid, Castalia, 1993, 2 vols.
- Quevedo, F. de, *Los Sueños*, ed. I. Arellano, Madrid, Cátedra, 1996.
- Rousset, J., *Il mito di Don Giovanni*, Parma, Petriche Editrici, 1980.
- Schwartz Lerner, L., «De camaleones y pretendientes en la poesía de Quevedo», en *Dialogo. Studi in onore di Lore Terracini*, ed. I. Pepe Sarno, Roma, Bulzoni, 1990, pp. 657-72.
- Starobinski, J., *Le remède dans le mal. Critique et légitimation de l'artifice à l'âge des lumières*, Torino, Einaudi, 1990.
- Teofrasto, *I caratteri*, ed. G. Pasquali, introd. V. De Falco, Milano, Rizzoli, 1988.